

Peregrinar

JOSEP OTÓN

Salir de la tierra donde hemos nacido puede ser un drama. Para muchos supone un castigo. Este es el caso de los desterrados y de los refugiados. También puede ser un gesto de banalidad o una mera distracción, como les ocurre a los trotamundos o a los turistas. Podemos abandonar nuestra tierra por cobardía, por miedo a los vínculos, para no asumir responsabilidades. Pero también podemos vernos forzados por circunstancias que nos expulsan de nuestro hogar. Escapar no suele ser una buena solución, pero, a veces, no hay otro remedio. El viaje es una evasión, pero no nos damos cuenta que por lejos que marchemos siempre cargamos con nosotros mismos allá donde vayamos.

En cambio, podemos salir de nuestra tierra para explorar nuevos territorios. Nos impele el afán de aprender. El viaje se convierte en una aventura, en un desafío, y tal vez en una peregrinación.

El peregrino se adentra en nuevos parajes para sondear su interior. Está atento a sus reacciones frente a cualquier vicisitud. Se agudizan sus sentidos, afina su sensibilidad, para percatarse de aquello que en la comodidad de su casa le pasaría desapercibido.

Peregrinar es emprender un camino de éxodo personal, de liberación, de autococonocimiento, de ponernos a prueba, de visitar nuestros límites, el *finisterrae* de la propia existencia.

Peregrinar es ir en busca de nuevos horizontes, de nuevas tierras donde pueda germinar la semilla que constituye nuestra esencia.

Al deambular por latitudes inexploradas podemos extraviarnos o caer en la cuenta de quiénes somos realmente, cuál es nuestro verdadero hogar y dónde se encuentra la meta que tanto ansiamos. *

